

Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana





www.loqueleo.com/ec

© 2022, Edna Iturralde

© De esta edición:

2023, Santillana S. A.

Vía a Nayón y Av. Simón Bolívar

Centro Corporativo Ekopark, torre 5, piso 5

Teléfono: 335 0356

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador



ISBN: 978-9942-31-585-4

Derechos de autor: 063392

Impreso en Ecuador por Imprenta Don Bosco

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Agosto 2022

Segunda impresión en Santillana Ecuador: Enero 2023

Dirección editorial: María Soledad Jarrín

Coordinación editorial: Gabriela Tamariz

Edición: Gonzalo Mingorance

Ilustración de la portada: Paola Karolys y Gabriel Karolys

Corrección de estilo: Alejo Romano

Diagramación: Jonathan Barragán

Autoría de actividades: Lucrecia Maldonado

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

El hermano del lobo

Edna Iturralde





Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana



*A mi mamá,
Edna De Howitt Tinajero,
que amaba a san Francisco.*



Muestra
promocional

Prohibida
su venta

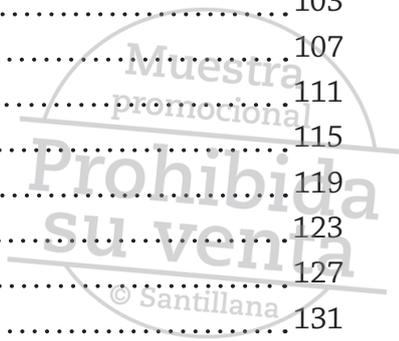
© Santillana

Índice



El peregrino	11
<i>Donna Pica</i>	15
El señor Bernardone	19
El francesito	23
El pequeño trovador	27
El príncipe de la juventud	31
Una petición equivocada	37
Historias en la prisión	41
Vuelve la guerra	45
El sueño	49
La voz misteriosa	53
El regreso	57
Clara y los leprosos	61
Una novia especial	65
La capilla de San Damián	69
Una buena intención	73
El juicio	77
La verdadera misión	83
<i>Il Poverello</i>	87
Los Juglares de Dios	93

Una solución	97
Camino a Roma	103
Con el papa Inocencio III	107
De regreso a Rivo Torto	111
La promesa de Clara	115
Viaje a Oriente	119
Ante el sultán de Egipto	123
Navidad en Greccio	127
El hermano del lobo	131
El canto al sol	135
Te cuento algo más	141
Referencias bibliográficas	145
Cuaderno de análisis	147



El peregrino



La tierra seca del camino se levantaba formando pequeñas nubes de polvo al paso del peregrino. Esto no habría sido extraño, de no ser porque sus pies, de apariencia muy delicada para quien recorre tan duros caminos, se elevaban juntos durante unos momentos y volvían a bajar mientras subía la colina.

11

Iba encapuchado con un manto de un color impreciso, entre verdoso y gris. No llevaba barba y sus mejillas eran de un color fresco como las de un niño.

Empezaron a aparecer las primeras casas de la ciudad de Asís. No había un alma. Las tapaventanas de madera estaban cerradas por el bochorno del verano mientras la gente se refugiaba del calor.

El peregrino llegó hasta la plaza mayor. Detrás de las torres de la iglesia, el monte Subasio sobresalía regio y alto coronando aquella región de Umbría, en Italia.

Suspiró. En sus ojos, de un azul transparente, se reflejó esa mirada de determinación de quien sabe exactamente a dónde se dirige y por qué razón. Entonces, aceleró el paso

hasta llegar a una casa grande, construida con piedra, donde se notaba que habitaba gente adinerada.

El viento salió de la nada y las campanas de la iglesia repicaron solas. Más tarde acusaron al sacristán de tocar a deshora, pero él juró que en ese momento dormía la siesta.

Por una de las ventanas del segundo piso sonó el lloriqueo de una criatura recién nacida. El peregrino sonrió y asintió con la cabeza. Había llegado puntualmente.

12

Tocó el pesado aldabón de la gruesa puerta de madera para anunciarse. Pasó el tiempo, hasta que por fin apareció una sirvienta. Al ver al peregrino frunció la frente.

—No es buen momento para que pidas ser atendido. Si quieres agua o comida, tendrás que esperar —dijo molesta, y añadió—: Mi patrona acaba de dar a luz. Y estamos en eso. No fue un parto fácil y el patrón no se encuentra. Está de viaje.

El peregrino sonrió sin molestarse.

—Pues dile a tu patrona que quiero ver al niño. Más bien dicho... que he venido a conocerlo.

—¿Niño? ¿Cómo sabes que es un varón? —repuso la sirvienta con curiosidad, notando por primera vez que aquel peregrino parecía algo extraño, diferente a los peregrinos que ella había visto antes.

Él volvió a sonreír. Extendió un dedo y rozó apenas el hombro de la muchacha. Ella sintió la mano como una pluma suave y leve.

—Ve. Entra y dile que sé que lo llamarán Giovanni.

La sirvienta, que justamente había escuchado de labios de su patrona, *donna* Pica, que ese era el nombre que había

escogido para aquel bebé, abrió la boca, sacó los ojos como platos y sin más ni más dejó pasar al peregrino.

Era el año del Señor de 1182.¹



Explora esta línea de tiempo sobre la vida
de san Francisco de Asís.

¹ Algunos estudiosos opinan que pudo haber sido en 1181.



Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana

Donna Pica



Donna Pica Bourlemont, o *donna Pica*, era una mujer de carácter dulce y armonioso, suave, alegre y con un gran sentido del humor, a quien le gustaba tanto orar con fervor como cantar y hacer poesía. Venía de una familia de alcurnia de la Provenza, una región de Francia que limita con Italia.

15

Posiblemente, fue debido a su personalidad fácil y sin complicaciones que aceptó ver a aquel peregrino, quien, según su sirvienta, hasta sabía el nombre que ella había decidido dar a su hijo.

—Alabado sea Jesucristo, *donna Pica* —saludó él con una profunda venia.

—Alabado sea hoy y siempre, por los siglos de los siglos, amén —contestó ella sosteniendo al recién nacido en brazos.

El bebé estaba envuelto en una hermosísima cobija blanca de seda con bordes de encaje. Ella, coqueta, se había cambiado de camión y había peinado sus largos cabellos castaños en dos moños de trenzas recogidos a cada lado de la cabeza.

—Pietro no está. Quiero decir, mi marido, el señor Bernardone, se encuentra en un viaje de negocios en la ciudad

de Montpellier.² Es comerciante, ¿sabe?, y hace largos viajes a países distantes para comprar las más finas y diversas telas...

Donna Pica se detuvo. No sabía qué la impulsaba a conversar así con aquel desconocido, ¡que además era un simple peregrino! Él asintió con la cabeza, como si todo aquello no le fuera desconocido. Y, acercándose al lecho, extendió sus brazos hacia el bebé.

—¿Puedo cargar a Giovanni? —pidió sonriente.

16

Donna Pica nunca pudo explicarse cómo fue posible que ella, sin titubear, entregara a su hijito recién nacido a un extraño. Pero lo hizo, y además con mucho gusto, con un placer especial, como si fuera algo muy hermoso que aquel peregrino lo tuviera en brazos.

—¿Cómo supiste que se llamará Giovanni? —preguntó *donna Pica*, tuteándolo de repente.

—Sé que así lo bautizarán, pero no lo llamarán por ese nombre —contestó el peregrino abrazando con ternura al pequeñito.

—¿Y entonces cómo lo llamaremos?

—Francesco.³

—¡Pero ese no es un nombre cristiano! ¡Significa 'pequeño francés'!

—Y más tarde, a futuro, la gente le dirá *il Poverello*.⁴

—¡Cómo! ¡No! ¡Eso no es posible! Nosotros somos una familia muy adinerada —protestó *donna Pica* levantando la barbilla.

² Actualmente, Francia.

³ Francisco. Se pronuncia «Franchesco» en italiano.

⁴ 'El Pobrecillo', en italiano.

El peregrino meció al bebé en sus brazos sin dejar de mirarlo y tarareó dulcemente:

*Serás hermano de todo:
animales, plantas y flores,
de la luna, del sol y del lobo.*

Donna Pica meneó la cabeza complacida y se alzó de hombros. ¡Vaya personaje tan extraño! No sabía qué pensar de todo aquello.

—Francesco —repitió bajito.

Bueno, quizás fuera verdad, pero en el bautizo tendrían que llamarlo Giovanni, que sí era un nombre cristiano, y además el de su abuelo paterno. Sin embargo, ¡lo de *poverello* ni siquiera tendría una pequeña posibilidad!

Entonces, el peregrino observó al niño con inmenso cariño:

—¡A esta criatura le espera un gran destino! Dios la ha enviado para que recuerde a la humanidad lo que significa amar, y para que traiga la paz que tanta falta hace en el mundo en este momento.

—¿Cómo lo sabes? ¡Es maravilloso lo que has dicho! ¡Es, es... extraordinario! ¿Quién eres? —preguntó *donna Pica* cerrando los ojos, demasiado emocionada para continuar.

—Soy un mensajero, soy...

La voz del peregrino se fue apagando. *Donna Pica* pudo jurar que lo escuchó decir algo muy parecido a «Gabriel». Cuando volvió a abrir los párpados, el bebé estaba otra vez a su lado.

El peregrino se había marchado.

Y nunca más lo volvieron a ver por aquellos lugares.





El señor Bernardone



El señor Pietro Bernardone pertenecía a la clase más distinguida de comerciantes del ducado de Spoleto. Vivía en Asís y era vendedor de telas. Esto lo llevaba a lugares y países exquisitos, lejanos, en aventuras que se convertían en altas sumas de dinero al volver a su ciudad. En sus cargamentos traía desde pesadas sedas con los más intrincados y bellos diseños hasta otras tan ligeras que varios metros se plegaban en un puño.

19

Sin embargo, a más de la importancia comercial, con cada viaje el señor Bernardone se sentía más y más un caballero andante. Esto era importante. En aquella época de la Edad Media, los nobles, por necesidad, empezaban a mirar sin tanto desdén a los comerciantes, quienes, obviamente, no tenían ningún título nobiliario. Por lo tanto, dar la impresión de ser un caballero le daba una notoriedad muy especial que el dinero no podía conseguir. A esto se sumaba su impecable reputación entre los vecinos con quienes comerciaba; entre su otra clientela, compuesta por príncipes, poderosos señores y sus esposas; y entre las monjas de los conventos donde confeccionaban las casullas para cardenales y

obispos, a cuyos oídos también llegaba el nombre del señor Bernardone como proveedor de las preciosas telas.

En fin, Pietro Bernardone disfrutaba muchísimo de sus viajes, muy especialmente por Francia, puesto que apreciaba todo lo francés: tanto el idioma como los buenos vinos y la deliciosa comida, algo que explicaba su abultada barriga. Además, su amada esposa, tan dulce como inteligente, *donna* Pica Bourlemont, era francesa y estaba a punto de darle el regalo más maravilloso de su vida: ¡un hijo! ¡Su primer hijo!

20 *Donna* Pica se hallaba embarazada y a él no le cabía ninguna duda de que sería un niño. Con esa intención había hecho un novenario a san Jorge de Capadocia, quien había vencido a un dragón. El santo era célebre por conceder varones a sus devotos. Su hijo crecería y sería un gran comerciante. Por algo decían: «De tal palo tal astilla». Junto con su primogénito agrandarían el comercio, irían hasta Damasco, quizás hasta China, donde conseguirían aquellos extraños gusanos que producían los hilos de seda.

Este y otros pensamientos llenaban la cabeza del señor Bernardone mientras viajaba de regreso a casa. Su viaje había sido todo un éxito. Traía quince mulas cargadas de géneros, y dos de joyas y adornos de plata y oro. Sus empleados, veinte en total, armados hasta los dientes, cabalgaban a los costados del cargamento protegiéndolo, mientras que sus dos hombres de confianza, el florentino Adalberto di Fusco y el turco Mustafá Arslan, iban a su lado con el mismo propósito.

El señor Bernardone era un hombre alto, de porte distinguido, a quien le gustaba vestir bien. Llevaba la cabeza protegida con un yelmo de metal sobre una caperuza de seda,

los pies calzados con botas de suave cuero. Usaba una capa de lana bordada y forrada de piel —a pesar de que ya era verano— sobre una túnica interior de seda cerrada en el cuello, y largas calzas ajustadas, sostenidas por un cinto de tela.

—¿En qué piensa que sonrío tan ampliamente, maese? —preguntó Adalberto con respeto.

Era un italiano de mediana edad. Rubio, de ojos azules, con bigotes y barba rojiza. Su vestimenta se parecía a la del señor Bernardone, pero no era tan lujosa. Su capa no tenía forro de piel y, en vez de yelmo, llevaba solamente una caperuza de lana.

21

El señor Bernardone se rio con gusto. Lo volteó a ver y contestó que en su hijo, en el hijo que esperaba. Que lo único que deseaba era llegar a tiempo para asistir a su nacimiento.

—No creo que sea posible, maese —intervino Mustafá, acariciándose la bien recortada barba oscura; luego, con los dedos índice y pulgar, se alisó los largos bigotes.

Era joven y sus ojos verdes resaltaban en su rostro moreno y atractivo. Se cubría con un turbante anaranjado. Vestía una camisa larga y colorida, y pantalones blancos anchos en la parte media y ajustados en los tobillos. Llevaba al cinto, de un intenso rojo, la cimitarra, una espada de hoja curvada, y calzaba botas negras y cortas, bastante usadas.

—Pero... ¿qué dices, Arslan? —inquirió molesto el señor Bernardone.

—Es debido a la luna, maese. Las criaturas nacen en luna menguante. Y esa la pasamos hace dos semanas. A mí se me hace que, cuando lleguemos, ya habrá nacido —insistió Mustafá.

—Ah, claro. Tú sabes de astros. Lo había olvidado. Entonces, llegaré tarde.

El señor Bernardone frunció los labios con tristeza. Adalberto dirigió al turco una mirada torva. No veía por qué tenía que desalentar a su jefe, y decidió intervenir:

—Sin embargo, podrías equivocarte, Arslan —opinó haciendo un gesto con la cabeza para que el otro se callara—. Quizás la criatura sea un poquito perezosa. Eso sucede a veces. Como se la pasan durmiendo en el vientre de la madre... Eso le pasó a una hermana mía. La hicieron correr llevando una carga de leña hasta que el niño se decidió por fin a salir.

El señor Bernardone detuvo su caballo. Miró a Adalberto, luego a Mustafá, y declaró molesto:

—Escuchen bien los dos: ¡mi hijo no será ocioso! ¡Mi hijo será un gran comerciante, como yo!

Un par de golondrinas que tenían su nido en una alta rama, justamente en el árbol por donde pasaba el grupo, se miraron entre sí. ¡De haber podido sonreír, lo habrían hecho!

El francesito



Cuando el señor Bernardone llegó a Asís, se encontró con la noticia de que su hijo había nacido. ¡Su primogénito! Loco de alegría, dio vueltas por el dormitorio cargando a la criatura mientras repetía una y otra vez que serían socios en el negocio, que juntos viajarían hasta los confines de la Tierra y traerían los más variados géneros para asombro de toda la gente.

23

—¡Ay, pequeñín! ¡Te mandaré a hacer un sonador de plata lleno con monedas de oro para que desde ya te guste ese sonido del dinero! Tin, tin, tin, tin.

El bebé se puso a llorar y *donna* Pica protestó de inmediato.

—¡Vamos, vamos, Pietro! ¡Deja al niño en paz, que con tanto zangoloteo le revolverás los sesos! ¡Basta! ¡Y pásamelo, que tiene hambre!

El bautizo se dejó para el siguiente domingo en la iglesia mayor de Asís. Los padrinos, el hermano de *donna* Pica y su esposa, habían llegado dos días antes de la ciudad de Montpellier.

El ambiente en la gran casa era de alegría y jolgorio.

—Tenemos que escoger a un heraldo para que vaya a invitar a todos. Debe ser un hombre apuesto y elegante, que

nos represente. ¿No te parece, Pica? ¿Pero a quién enviamos? ¿A quién? —se preguntó el señor Bernardone frotándose las manos.

Donna Pica guardó silencio. Sabía que cuando su marido se encontraba, como en aquel momento, tan eufórico, era mejor no intervenir.

El señor Bernardone se dio un golpe de puño en la palma de la mano y exclamó con los ojos brillantes.

—¡Lo tengo!

24

Donna Pica emitió un «mmmjemmm», y se acomodó en los almohadones de su lecho mientras continuaba amamantando al niño.

—Pediré a Mustafá Arslan que vista su traje más elegante, su turbante blanco adornado con su pluma de avestruz y que calce las babuchas rojas. ¡Todo un príncipe oriental! Imagínate... ¡un príncipe invitando a nuestros conocidos!

Donna Pica miró a su marido con la boca abierta de espanto.

—¡Pero estás loco! ¡El papa convoca a las cruzadas y tú piensas enviar a un hereje a invitar al bautizo de nuestro hijo! ¡Pues, aunque sea uno de tus más leales empleados, es un turco!

El señor Bernardone bajó la mirada. Tenía que admitir que no era el momento de confiar tal misión a su fiel consejero comercial.

—Bien, bien. Entonces lo hará Adalberto. También tiene una buena presencia y una montura con herrajes de plata que ya quisiera cualquiera en esta ciudad. Porque... no querás que envíe a uno de nuestros simples pajes, ¿verdad?

Donna Pica suspiró y cambió de pecho al bebé.